

LA RESISTENCIA INDÍGENA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE UN MESTIZO

A Toño Vale

La llegada de Colón, un 12 de octubre, a Guanahani (Bermudas) representó el punto más álgido del encuentro de Europa con América. Fecha controvertida que ha servido de justificación para la conquista (cuando se habla de Día de la Raza): colonización (cuando se habla de Día del Descubrimiento); para rebelión (cuando se habla de Día de la Resistencia Indígena) y: de reencuentro (cuando se habla de malayo-polinesios, vikingos, y hasta chinos que llegaron a nuestras costas sudamericanas y las habitaron en el caso de los primeros y en el caso de los segundos, regresaron a sus tierras de origen y su travesía se perdió de la memoria colectiva de los tiempos). Fue loable, más no justificable, el intento de convertirla en Día de la Hispanidad (proyecto monárquico, devenido posteriormente en franquista para dotar de coherencia nacionalista a la España multiétnica del XIX y del XX, experimento fracasado a nuestro modo de ver). En el fondo, lo que en verdad tenemos fue un desencuentro entre dos culturas antinómicas (la occidental basada en objetivos materiales y cortoplacistas) y la indígena (basada en objetivos espirituales y permanentes), donde se impuso a tierra arrasada la superioridad bélico-tecnológica del europeo. Sin embargo, la fecha debe ser vista como punto de partida para la América mestiza de nuestros días y recordatorio permanente de lo que somos y lo que debemos evitar si asumimos modelos culturales y materiales trasplantados de otras realidades (como frecuentemente hacemos).

El misterio de América se condensa en las palabras de su némesis, el propio Cristóbal Colón cuando asevera en su diario: *Más yo muy asentado tengo en mi ánimo que allí donde dije, en Tierra de Gracia, se halla el paraíso terrenal.* Hermosas palabras que resumen lo que será un destino que se escribe con tintes trágicos, epopeyas y mucho dolor. Somos la tierra prometida para los ambiciosos europeos y sus avariciosos hijos y a veces...tantas veces... infierno para sus pobladores originarios: nuestros aborígenes prehispánicos y pos hispánicos.

Porqué debemos ser conscientes de la realidad que nos rodea y no llamarnos a engaño. En pocos de nosotros corre la impetuosa sangre de José Gabriel Condorcanqui, el gran Túpac Amaru II, que tanto desveló a los ejércitos españoles en las gloriosas tierras cusqueñas. El fuego del gran Guaicaipuro que quemó las huestes de Lozada en Iso valles de Caracas y el centro del país y sobre las que el mismo ardió, no enciende cada una de nuestras vidas. La inteligencia del Macuil Miquiztli, el gran Nicarao, que desafió la lógica y la fe del conquistador al mostrarle la cortedad de sus razonamientos, no florece con igual lozanía en nuestros afiebrados cerebros. La comprensión inmediata de los motivos que escondían los usurpadores, exhibida por el taino Huatey, no abunda en nuestra percepción de los problemas que subyacen detrás de las decisiones políticas y económicas de nuestros tiempos. Y pocos...muy pocos de nosotros en verdad, somos capaces del sacrificio final que el valeroso aymara Pintag ofrendó por la defensa de sus ideales.

Porque la verdad sea dicha, nuestra América indígena u originaria fue totalmente devastada y pocos, comparativamente hablando, de sus preclaros hijos sobrevivieron. Inglaterra y sus hijos estadounidenses arrinconaron y persiguieron a sus hermanos sioux, mohicanos, pies negros, chayannes y demás, sin piedad ni cuartel por toda la geografía del norte americano. España de la mano de Cortez, Pizarro y tantos otros, quemaron y enterraron las glorias aztecas, incas y chibchas, en la profundidad recóndita del olvido de la historia occidental.

Y sin embargo, su corta comprensión (la de los invasores) de la fenomenología que acompaña a la naturaleza no les permitió ver la futilidad de sus actos. Ya la gloria maya nos había advertido en el inmortal y trágico Popul Vuh la profundidad del conocimiento del alma humana que nuestros hermanos centroamericanos habían alcanzado antes del arribo europeo: *No es cierto que vivimos/ y hemos venido a alegrarnos a la tierra/ Todos aquí somos menesterosos/ la amargura predice el destino/ aquí, al lado de la gente/*. ¿Cómo se puede destruir a un pueblo capaz de tanta comprensión de su entorno y de lo que se avecina? ¿Acaso el estudiado espíritu de la resiliencia en la actualidad, no parece calcado de la infinita capacidad de supervivencia de nuestros pueblos indígenas? ¿Qué etnia en la historia de la humanidad ha sido capaz de navegar contra tanto infortunio y permanecer firme como el pueblo *lache* de la hermana Colombia, que afirma que después de muertos nos convertimos en firme piedra a la espera del momento en que resucitemos para ocupar lo que por ley nos pertenece? O como nuestros aborígenes de las hoy Guayana, Guyana y Surinam, que

saben y presienten que en los árboles y la selva es donde moran los espíritus que habrán de juzgar nuestros desmanes para con nosotros y la naturaleza. Que poco necesitan ellos de libros de ecología que le expliquen que el Amazonas es el último gran pulmón de la naturaleza. ¿Acaso no saben bien que esa selva y ese gran río son simplemente una masa de vida que late y protege a aquellos que la aman y se venga de quién intenta destruirla?

Es cierto que la condición ágrafa de nuestra América prehispánica atentó contra la preservación de las más grandes ideas producidas en este lado del mundo. No menos cierto que gracias a los esfuerzos de los cronistas de indias, limitados por su propia conciencia eurocéntrica, permitieron salvar pasajes hermosos de la interpretación del mundo originario que se hubiesen perdido irremediabilmente en la vorágine del mercantilismo de la época y del oscurantismo con el cual la Iglesia católica envolvía por igual a fieles y propagadores. Veamos las palabras de Cartier en su *Segunda Relatoria* al Rey, cuando en ruta a la hoy Montreal, cerca de Hochelaga, se maravilla con las uvas locales y, oh herejía clamaría cualquier francés, se atreve a compararla con las más finas cepas francas

Vimos vides en la isla de Baco que estaban maduras y bastante buenas, y otras que no lo estaban, pero que tenían la semilla tan buena como las de Francia, y yo estoy seguro de que, si fueran cultivadas, dieran buen vino.
...También hay muchos ríos que vienen a dar dentro del lago, rodeados de numerosos y bellos árboles de las mismas especies que tenemos en Francia, con, por un lado, los viñedos más bellos que ninguno de los que yo haya visto en otro lugar, y por el otro, castaños...

Y esta última aseveración nos lleva al centro de nuestro planteamiento. Cuando el Padre de las Casas en su magnífica *Historia de las Indias* afirma que: *Ciertamente, para encarecer la grandeza y dignidad de estas cosas de las Indias, que Dios puso en las manos a los reyes de Castilla, necesario fuera tener la elocuencia y eficacia de Demóstenes, y para escribirlo la mano de Cicerón: un orbe tantos siglos escondido, amplísimo y longuísimo, tan lleno y rebosante de inmensas y quietas gentes, todo él a una mano felicísimas, fertilísimas, sanísimas y riquísimas tierras, ¿quién lo podrá explicar, loar ni dar a entender?* Lo que en verdad hace es reconocer la magnitud del botín encontrado en América y fundamentalmente la poca capacidad de resistencia

(comparando con la fiereza con la que las tribus europeas se resistieron al imperio romano) de las tribus originarias de América.

Craso error cometieron entonces y craso error cometen hoy día los que comparten esa visión. La cosmogonía indígena americana, a pesar de su inmensa variedad y estadios evolutivos, se fundamenta sobre los mismos pilares: la armonía con la naturaleza. Armonía cuyo objetivo no solo busca la comprensión, sino también el equilibrio que hace sustentable y sostenible nuestra presencia física en la gran *pacha ama*. El espíritu destructor, depredador del hombre occidental europeo tiene en su génesis autodestructiva la tendencia a confundir equilibrio y armonía espiritual con la falta de arrestos para defender lo propio. Cree que la resistencia es parte de una conducta donde la agresividad y el genocidio son las herramientas más eficaces. Así lo ha creído durante los últimos tres mil años y su balance es y será pobre: interminables conflictos sin razón de ser, dos guerras mundiales, racismo, odio, intolerancia, depresión y sensación de vaciedad que las drogas ni las falsas religiones consiguen llenar.

Nuestros hermanos indígenas hoy como ayer soportan estoicamente el peso abrumador de la ambición del hombre maximizada en imperios y trasnacionales. Saben que finalmente su propia insostenibilidad acabará por destruir lo artificialmente construido sobre la explotación y la expoliación. De la mano de hombres y mujeres de su misma raza o mezclados con los hermanos aborígenes del continente negro y de los hermanos blancos a su vez desplazados por la mezquindad de sus congéneres en tiempos y situaciones distintas, alcanzaran a recrear el gran crisol donde la humanidad solo es distinguible por la pureza de sus pensamientos y obrar y así, harán realidad la plegaria milenaria al gran Dios:

Oh tú, corazón del cielo, corazón de la tierra
Oh tú, envoltorio de gloria y majestad
tú, Tohil, Avilix, Hacavitz
Ventre del cielo, vientre de la tierra,
Haced que haya paz en tu presencia y de tu ídolo

Hoy, por encima de descubrimientos, encuentros o resistencias, quiero invitarlos a celebrar el día del reconocimiento al otro. Al que siempre ha estado ahí y hemos ignorado inconsciente o deliberadamente. A aquel que siendo dueño de la tierra originaria terminó cediéndola, cuando no compartiéndola, con el hermano invasor. A aquellos sobre los que construimos nuestras fronteras artificiales y lo hicimos partícipes de nuestra eterna historia de Caín y Abel. Porque en su sabiduría ancestral, ellos, los originarios, saben que la verdadera resistencia es la permanencia y la lealtad a los más puros valores de la solidaridad e integración que subyace en el espíritu bueno de los hombres. *¡Felicitaciones a todos los hombres y mujeres originarios de nuestra América y del mundo!*